

# NATURALEZA

POR RUBEN DARIO

Que este poema escrito en su adolescencia cuando contaba entre 11 y 14 años de edad, sirva como homenaje en el centenario de su nacimiento.

## I

Del firmamento la región vacía,  
cruza Febo entre mil reflejos suaves,  
y sus trinos las aves  
entonan con celeste melodía:  
y allá en el horizonte,  
cabe la cima del elevado monte  
do ruga el trueno y serpentea el rayo  
con fragor pavoroso,  
fingen las nubes un vergel hermoso  
con pálido desmayo.  
¡En la extensa pradera,  
cómo canta la alondra vocinglera  
y en confusos rumores  
trinan también los dulces ruiseñores!  
¡Cómo saipica las agrestes rosas  
del monte la zafírea catarata,  
en corrientes hermosas  
con su espuma magnífica de plata!...  
En confusión no poca,  
va saltando fugaz de roca en roca...  
y entre zarzas y entre peñas,  
se derrumba gimiendo entre las breñas:  
corren las fuentes en sus verdes cauces,  
con murmullo sonoro;

la tórtola su lloro  
comienza entre las ramas de los sauces.  
Ya se acerca la tarde,  
y en los espacios arde  
la lámpara esplendente  
del astro refulgente  
que da existencia a las pintadas flores,  
y su aroma y colores.  
Ved cómo pasa la paloma errante  
llorando triste por amor perdido,  
y buscando su nido  
en alas de la brisa murmurante.  
Ved en los bosques varios,  
cómo vuelan y pasan los canarios,  
entre las verdes hojas  
donde hay ocultas amapolas rojas,  
y donde pasa el céfiro jugando,  
y trae sus alas de perfumes llenas,  
y mueve las gallardas azucenas  
que están el dulce ambiente embalsamando.  
Por fin llega la tarde tristemente  
y se hace más callado  
el ruido de las hojas en el prado,  
y el murmurar sonoro de la fuente.  
Entre nieblas de tétrica espesura,  
ya se mira que avanzan silenciosas

y adelantan aéreas, vaporosas,  
 las tristes sombras de la noche obscura;  
 y canta la cigarra -  
 entre los juncos de la verde parra.  
 Mas la luna brindando casta lumbre,  
 se mira aparecer tras la colina,  
 y de su trono regio  
 rodeado de luceros,  
 del alto monte la lejana cumbre  
 blandamente ilumina;  
 y su divino arpegio  
 modulan en su nido los jilgueros.  
 Al ledo empuje de apacible viento,  
 se mueven de los árboles las hojas,  
 y producen un ruido  
 que embarga el sentimiento,  
 y hace que broten notas de congoja,  
 y triste y melancólico gemido.  
 Por eso canto: porque siento en mi alma  
 inspiración sombría al par que ardiente:  
 por eso pulso mi doliente lira  
 cuando oculto el rumor de oculta palma  
 que llora tiernamente,  
 y el aura entre sus famas que suspira.

II

¡Es media noche ya! Toda la gente  
 en la ciudad dormita silenciosa,  
 y espera la mañana laboriosa  
 para seguir sus obras diligente.  
 Y pasa hora tras hora,  
 y allá se mira en la extensión lejana  
 que, cual celeste hada,  
 la sonrosada aurora  
 anuncia la mañana  
 al rumor del arroyo y la cascada.

Y se escuchan las ondas, que suspiran,  
 y se sienten las auras, que sollozan  
 cuando las flores rozan  
 y entre las hojas giran...  
 La fuente cristalina,  
 cuya linfa de nieve se recama,  
 pasa lamiendo la extendida grama  
 de la verdosa y áspera colina.  
 A concierto tan suave,  
 une también el ave  
 su celestial acento,  
 y mil nubes de grana  
 del monte sobre el elevado cono  
 se juntan al momento,  
 y a la bella mañana  
 fórmanle aéreo y sonrosado trono.  
 El alba entre sus perlas aparece,  
 y derrama su llanto de rocío  
 sobre las gayas flores  
 mientras Céfito mece  
 las magnolias del río  
 y, sonriente, les dice sus amores;  
 y sale el sol en carro diamantino  
 e ilumina los mundos  
 su reflejo divino,  
 que penetra los antros más profundos.

III

¡Bardos, oid! Vuestro laúd sonoro  
 pulsad al par conmigo,  
 y entonemos un canto  
 que llegue al trono santo  
 del que hizo desde ese astro rayos de oro  
 hasta el humilde trigo  
 que entre las selvas crece  
 y con sus alas el Favonio mece.